

PREGON DE FIESTAS
1990

Miguel Ortuño Ortín

Miguel Ortuño Ortín.

Nace en Yecla. Doctor en Física por la Universidad de Cambridge y Barcelona. Catedrático de Física de la Universidad de Murcia.

*Señor Alcalde,
Señor Presidente de la Asociación de Mayordomos,
Queridos paisanos y, por ello, queridos amigos:*

Las palabras de presentación que acaba de hacerme nuestro presidente Salvador Muñoz Pérez, son sólo un exceso de afecto, al que yo también le correspondo; sus elogios han sido desmedidos en razón de la amistad y bien sé que sabréis comprender, calibrar y, por tanto, rebajar lo que ha dicho en relación con mi persona. Soy sólo un yeclano más, como cualquiera de vosotros; sólo un trabajador, como cualquiera de vosotros; sólo un enamorado de las hondas tradiciones festivas de nuestro pueblo, como cualquiera de vosotros. Solamente eso y nada más.

Lo que esta noche me abruma es el encargo que, en su día, me concedió la Asociación de Mayordomos para que pronunciara el pregón del año 90 y así continuar una serie de pregones que, año tras año, van tejiendo y conformando un bello ritual en vísperas de nuestras fiestas mayores. Y digo que me abruma porque, en principio, el honroso encargo no se ajusta a lo que, por formación y por profesión, yo me dedico. Tendré necesidad entonces de bucear, en mi

intimidad, en el transfondo de mi espíritu, en ese sentimiento latente que sólo aflora en ocasiones como ésta, cuando uno puede proclamar en público, y con legítimo orgullo, la alegría de haber nacido en este pueblo, en donde su eje nort-sur empieza en un centro docente en el que aprendí mis primeros saberes y termina en un castillo, que es faro y es guía allá donde uno esté, por lejos que sea. Y respondí que sí, que aceptaba este encargo, esta propuesta de tanta responsabilidad que me hacía la Asociación, porque desde niño me enseñaron a decir sí a todo lo que fuera bueno, justo, solidario, conveniente y beneficioso a la comunidad. Y la propuesta de la Asociación cumple con estas características.

Lógicamente soy consciente de que no puedo seguir la línea de los pregoneros que me antecedieron, y pido disculpas previas. Yo no puedo, como los anteriores, pronunciar frases embellecidas o expresar pensamientos filosóficos; yo no sé cantar loores a la Patrona ni adentrarme, con autoridad, en los datos del pasado. Porque la física, que es lo mío, no es lírica, ni metafísica, ni apologética, ni historia. Pero quizá, sí pueda aportar una visión en algún punto esclarecedora, por mi formación científica e, incluso, por no estar vitalmente dentro de las actividades y de las ceremonias y de los ritos de las fiestas. La ciencia, como toda forma de cultura, es, en expresión de Eugenio d'Ors, una 'helioquímica', una lucha, un esfuerzo por llevar la luz, por captarla y por esparcirla. Contento quedaría yo esta noche si, ya que no puedo ofrendar la belleza, pudiera ofrecer un poco de luz.

Aunque al mismo tiempo confieso que este ambiente festivo, gozoso, que aquí se respira, que se refleja en vuestros semblantes, no es el más adecuado para mi inicial propósito. Para conseguir la luz interior es preciso un cierto ensimismamiento, una reflexión serena, un recogimiento interno, una serenidad meditativa, y aquí, esta noche, hay otros valores que me conmueven. Me conmueve la presencia de este público sinceramente enardecido; me conmueve el recuerdo de los otros pregones que siguen resonando con su encanto; me conmueve el acto inicial que hemos contemplado, con el simbolismo de los representantes de cada una de las Escuadras y la belleza y la elegancia de las

mujeres que forman el mejor fondo de este sugestivo escenario; me conmueve la despedida emocionada a los dos veteranos Ayudantes de la Compañía Martín Soriano Zaplana; y me conmueve el saber que después de mis pobres palabras se va a rendir un homenaje justo y merecido a Octavio Juan Palao, representante de los músicos yeclanos, que son manifestación fiel de una Yecla inquieta, de una Yecla sensible, de una Yecla artística que sabe destacar en la novela, en la poesía, en la pintura, en la escultura y, como sabemos y luego escucharemos, en la música. Todo esto, y mucho más que me callo para no excitar mis emociones, todo esto me conmueve y, a la vez, me anima a lanzar el pregón.

Los que nos dedicamos al mundo de la ciencia somos muy dados a plantearnos previamente preguntas aclaratorias. En este caso, estos interrogantes serían: ¿qué es un pregón? ¿es necesario pregonar? ¿qué tendrá que pregonar, en actos como éste, el pregonero? Trataré de ajustarme a estas preguntas, para cumplir mi función con objetividad, perfilando conceptos, podando ideas superfluas y haciendo que aflore únicamente lo esencial.

Si tuviéramos que ajustarnos a la definición del Diccionario oficial de la Real Academia, tal vez que no fuera necesario lanzar el pregón y, por consiguiente, sobraría el oficio de pregonero. Dice dicho Diccionario que un pregón es la promulgación en voz alta y en sitio público de algo que conviene que todos sepan, y pregonero es el que divulga una cosa que es ignorada.

Si estas definiciones fueran exactas, sobraría el acto que celebramos, porque lo que se va a pregonar no es ningún acontecimiento ignorado, sino algo que el yeclano lleva en el fondo del alma durante siglos, algo vivido más que sabido.

Habrà que recurrir a la obra de María Moliner para acercarnos a una definición moderna y exacta: un pregón es un discurso literario que se lee en público para anunciar algunas fiestas. Es, pues, un anuncio público de algo. Y así aparece la palabra pregón en varios versos del Cantar del Mío Cid, y la palabra pregonero ya figura en el fuero de Avilés de 1155, en ambos casos con

el sabor latino de preconizar, de decir algo por adelantado.

Y entonces me vuelvo a preguntar: ¿qué es lo que, como pregonero, tengo la obligación de anunciar esta noche? La respuesta es muy clara y tiene que ser necesariamente ésta: este pregón es el anuncio público de las fiestas que Yecla celebra en honor de la Virgen del Castillo.

Y así al igual que, en los Juegos Florales de la Provenza medieval, el llamado mantenedor tenía que desarrollar la trilogía de la Fe, Patria y Amor, a mí me corresponde desarrollar otra trilogía de palabras acerca de los sustantivos que ya he indicado: la Fiesta, Yecla y la Virgen. Lo demás sobra. Y me gustaría hacer un asedio intelectual a estos tres vocablos. Me gustaría ir cercándolos racionalmente para desechar posibles gangas y despojarlos de lo innecesario para quedarme con lo fundamental.

Vamos a centrarnos en la palabra fiesta, porque, en definitiva, lo que estamos anunciando esta noche es una fiesta. Casi resulta obvio decirlo en plural, porque fiesta ya es, etimológicamente, un plural latino. Desde su origen, allá por los principios del siglo XIII, en la Disputa del Alma y del Cuerpo y, sobre todo, con Gonzalo de Berceo, ya se daban dos componentes semánticos en la palabra fiesta: por un lado el regocijo, la alegría, la diversión; por otro, algo unido a alguna conmemoración religiosa, que en nuestro caso es muy patente. El propio Corominas indica que el hecho de que esta palabra no haya perdido su f inicial convirtiéndose en fi, se debe a este sentido eclesiástico en que, por su constante repetición, no hubo alteración fonética.

Fijaos un momento en la serie de palabras que tienen alguna relación de familiaridad con la voz fiesta, pero que no constituyen la fiesta propiamente dicha. No olvidemos que lo que aquí se pregona y dentro de unos pocos días se vivirá es una fiesta. Profundizaremos después un poco más en lo que toda fiesta es, para señalar antes lo que no es, aunque sean algunos aspectos de la misma.

• La fiesta no es una festividad. La festividad es un día solemne y sagrado, de carácter exclusivamente religioso. Por ejemplo, para nosotros, no

para otras poblaciones, la Asunción es sólo una festividad: la Iglesia la celebra, le rinde el debido culto, pero no hay ningún especial regocijo callejero.

- *La fiesta no es tampoco un festejo, porque festejo es cuando sólo aparece la vertiente humana, sin mayor hondura trascendente. Nuestra feria de septiembre es un festejo o conjunto de festejos. En este sentido, yo aconsejaría que nuestras Escuadras no emplearan nunca la palabra festero; una Escuadra es algo de más peso y de más poso que una comisión festera, que sólo se preocupa de los espectáculos y de las atracciones, mientras que una Escuadra, lo primero que tiene que dar es ejemplo de hermandad y de solidaridad. Incluso el adjetivo festivo cuadra mejor a nuestro modo de ser que el de festero.*

- *La fiesta no es, lógicamente, un festival, anglicismo relativamente reciente, que nada más indica una representación, casi siempre musical, que puede tener lugar en cualquier época del año.*

- *Y la fiesta no es un festín, palabra traída a nuestro léxico por el genial Francisco de Quevedo, tomándola no sé si del francés o del italiano, y que sólo nos habla de comida, de banquete; lo que no impide que nuestra fiesta vaya acompañada de una reglamentaria liturgia gastronómica (gachasmigas, relleno, cascarujas, libricos, vino y mistela), acompañamiento interesante y típico, pero, ciertamente, no esencial.*

En este último punto, sé que no tengo que hacer ninguna recomendación especial, pues me consta que los mejores gachasmigueros de Yecla es gente que pertenece a las diversas escuadras, y porque no hay casa en que en estos días no se coman las más succulentas pelotas acompañadas del más recio vino de la península.

Hemos, por tanto, despejado lo que no es fiesta propiamente dicha: ni sólo festividad, ni sólo festejo, ni sólo festín, ni mucho menos festival. Pero entonces, ¿qué es? Resulta difícil su definición. Podríamos decir que es un

tiempo excepcional, que se acota y se segrega del tiempo ordinario en honor de algo o de alguien. Lógicamente no nos es posible imaginar el que todos los días del año fueran fiestas; aparte de ser imposible, resultaría aburrido y tremendamente agotador. La fiesta necesita la interrupción del trabajo para poder realizar unas determinadas ceremonias o rituales en una atmósfera de alegría y distensión. De todo ello podemos ir sacando algunas consecuencias:

La primera, que estar desocupado u ocioso no implica estar de fiestas; por eso a las vacaciones no les llamamos fiestas, sino descanso. La segunda, que el pueblo que trabaja es el más capacitado y sensible para saborear la fiesta; si San Pablo dijo que el que no quiera trabajar que no coma, creo, con un poco de osadía, alargar el texto paulino para decir que aquél que no esté dispuesto a trabajar que no participe en las fiestas. ¿Será por esto por lo que Yecla, tierra de esforzados trabajadores, es un pueblo que se entrega con pasión a sus fiestas?... Y una última conclusión: las fiestas de verdad, como las nuestras, se forman por tradición, por sedimentación cronológica, porque el pueblo, a través de sucesivas generaciones así lo quiere; nunca por decreto. Ciertamente que pueden encauzarse y que deben de organizarse, pero si son auténticas, como las de Yecla, surgirán, brotarán de la entraña misma del pueblo.

Y este es el momento de expresar nuestro gozo al ver y al saber que las fiestas de Yecla son fiestas por antonomasia. Y esto es así por tres motivos:

- Porque tienen una tradición de 348 años (¿hemos pensado que en fecha casi mágica del año 1992 celebraremos los tres siglos y medio de existencia?).

- Porque tienen un formalismo o etiqueta o protocolo que quedó definido y reglamentado en unas Reales Ordenanzas de más de dos siglos.

- Y porque tienen unas características propias que las hacen únicas en el conjunto de las fiestas nacionales.

No quisiera emplear el menor tono peyorativo para las fiestas que están

arraigadas en sus respectivos territorios, pero no cabe duda que las hogueras alicantinas de la noche de San Juan tienen un cierto parecido con las fallas valencianas de San José. O que los toros corriendo por las calles hacia la plaza, pueden ser casi análogos en Pamplona y en Cuéllar. O que los moros y cristianos tienen muchas notas comunes en Alcoy, en Villena o en Elda. O que la Semana Santa, por claros motivos de tener que ajustarse a la liturgia de la Iglesia, posee algo de repetitivo en la mayoría de las ciudades españolas. Y así en otros muchos lugares, en que se conmemora una aparición, un milagro o una batalla, existen muchos aspectos iterativos o igualitarios.

Pero, amigos, lo de Yecla es distinto y único. El paseo y la alborada, la bajada y la ofrenda, la subida y las arcas cerradas, los mayordomos, los pajes, los alabarderos, los cabos, los tiradores, los cargadores y los ayudantes, el arcabuz y las punchas, las escuadras, todo ese conjunto irrepetible y sin parangón. Y lo grande, lo hermoso, es que todo esto surgió, ciertamente en un momento de exaltación mariana, pero sin portentos, sin sangre, pacíficamente, alegremente, realizado por hombres del pueblo, por gentes que no dispararon a ningún enemigo, porque sus disparos fueron sólo salvas de paz y de amor. ¡Esta es, paisanos, la fiesta que esta noche yo os pregonó!...

Es una fiesta de Yecla, y con ello pronuncio el segundo vocablo de la trilogía de mi pregón. Yecla amada; Yecla recordada; Yecla ensoñada. Porque Yecla no es un pueblo más. Yecla tiene su personalidad, su estilo, un aire propio y particularísimo que, a veces, se torna en viento de pasiones y extremismos.

*En un ensayo publicado hace menos de un mes por el profesor Antonio de Hoyos, referido a las relaciones de Azorín y Yecla dice que si Yecla debe mucho a Azorín, quizá éste no hubiera podido escribir un libro como *La Voluntad* de no haberse tratado de un pueblo tan extraordinario en el conjunto nacional, porque en aquel momento crítico del 98, Yecla fue como la representación más simbólica y genuina de España. Sin Yecla, es probable que *La Voluntad* hubiera sido también una novela interesante, pero no tendría el nervio y la esencia tan española que cautiva y conmueve. Dejo a los críticos*

literarios la demostración de esta opinión del profesor Hoyos, tan sugestiva y ensalzadora para mi pueblo, y me limito a decir lo que Yecla es para mí.

Yecla ha cambiado mucho desde aquella época de la novela de Azorín. Yecla, no obstante, sigue reflejando el nuevo clima de España, en su sentido de modernidad y europeísmo, y yo creo que las fiestas nacionales han sabido, gracias a las últimas directivas de la Asociación de Mayordomos, adaptarse a este nuevo espíritu, de comprensión, de respeto, de amplitud de miras, en el que todos caben. Los sectarismos, los fanatismos, las pasiones desbordadas han desaparecido y no tienen lugar en nuestras fiestas.

Yecla es, por encima de todo, como un imán que, oponiéndose a las leyes del magnetismo y a la ley de conservación de la energía, ejerce una atracción mayor cuanto mayor es la lejanía. Y esa imanación estalla con más fuerza en este mes de diciembre que esta noche empieza, en cuya primera quincena hay un sabor de pólvora y un estampido de arcabuces y en cuya segunda quincena hay aroma de belén y calor de hogar. Os lo dice alguien que, desde hace quince años, no ha podido vivir, aspirar, gustar, deleitarse en casi ninguna de esas dos etapas de diciembre.

A la memoria me vienen algunos de esos años alejados de este ambiente de fiesta y de familia. En el 77, un 8 de diciembre, contemplando con nostalgia la placidez del lago helado cercano a Cavendish Laboratory y, al fondo del horizonte, la afilada torre de la única iglesia católica de Cambridge, que tiene la advocación de Santa María. O en el 80, cuando pude llegar a tiempo para ver el final de la subida; por la mañana en la Universidad sueca de Lund, donde sólo se oye el silencio y, a lo más, las campanas de un reloj; por la tarde, tras la ruta de Copenhague, Mallorca y Alicante, ver la Iglesia Vieja y la plaza como un hervidero de gentes, de humo y de arcabuzazos; pocas veces, en tan escasas horas, podré vivir contraste mayor.

Y, con especial añoranza, llega a mi memoria el 7 de diciembre del 81, en California, cuando a media noche me telefonean para recordarme, en recuerdo

innecesario, que era el día de la Bajada y que podía escuchar los estampidos de una escuadra que estaba pasando en aquellos momentos por delante de casa, camino del Castillo. Aquel rumor casi apagado, como con sordina, llegaba a lo más íntimo con un ímpetu terrible. Creo que jamás los arcabuces de la Escuadra de los Luna, que era la que por allí pasaba, habrán tronado con estruendo mayor que cuando llegaron a mis oídos en las cercanías del Océano Pacífico. Era, en resumen, la Yecla-imán, admirable y atrayente.

¡Cómo me gustaría en estos momentos tener la pluma egregia de un Castillo-Puche! ¡Cómo envidio ahora su estilo abundante y delicado, conmovedor y recio, rico y ágil, tumultuoso de pasión, para poder pregonar lo que por Yecla siento!

Yecla es un paisaje y un paisanaje, con el peso de una larga historia. Es un paisaje que adquiere el verde esmeralda de la Sierra de Salinas o el oscuro de la Magdalena o el rojizo de la Fuente de la Negra. Un paisaje que tiene el mágico encanto del monte Arabí o la domeñada suavidad que el arado a través de siglos y sudores ha realizado en el Hondo del Campo. Un paisaje con una cima triangular en la Sierra del Cuchillo y dos dedos apuntando a las alturas en los Picarios. Un paisaje que en el Cerro de la Campana se hunde en el tiempo y que en el Cerro del Castillo se embellece de afectos. Un paisaje con unas calles estrecha y retorcidas, en donde se encalan las casas, que contrasta con otras calles rectas y alargadas, de geometría casi herreriana, con algunas mansiones orladas de heráldicos escudos. Un paisaje, en fin, con unas naves industriales que son el halo que circunda a una ciudad en forma de media luna y que atesora catorce templos como catorce estaciones de un Via Crucis que nos conduce a la luz.

Y este paisaje tiene una historia, más todavía, tiene una prehistoria que se ahonda en lo profundo de los siglos. Una historia con momentos estelares, como el de 1243, cuando la reconquista por el que sería rey sabio por excelencia, o el de 1488, cuando pasan por aquí Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, y junto con ellos el Colón que descubriría un nuevo mundo, o el de 1642, cuando

lo de Zaplana en Vinaroz, o el de 1954, cuando la Virgen fue coronada.

Una historia que ha sido realizada por unas determinadas personas. Por ese pueblo que, en arrebatado colectivo, construye la Iglesia Nueva en el siglo pasado o San José Obrero en el presente. Por ese jornalero que tenía que marchar a Tierra Baja o emigrar para siempre a Francia o a cualquier otra geografía española o extranjera. Por ese artesano, que, con su inteligencia natural, sabe levantar una industria del mueble, que penetra en todos los mercados mundiales. Por aquel obispo que murió en China, cargado de méritos y de dolores. Por ese anciano que sabe sufrir en silencio su amarga soledad. Por ese escritor que lleva el nombre de Yecla a las Universidades de Europa y América. Por aquel joven que trabaja con esfuerzo o estudia con tesón. Por el maestro que, año tras año, se va desgastando en la enseñanza. Por los que durante años han presidido la Asociación de Mayordomos y continúan incansables en la línea de servir a la Patrona. Por el forastero que aquí viene a realizar su tarea y sabe enamorarse de este ambiente de adusta apariencia, pero de cordialidad sincera. Por los que desde el Ayuntamiento y otras instituciones públicas trabajan por mejorar día a día la ciudad.

Todos estos hicieron y hacen la historia de Yecla. Como la estáis haciendo vosotros, los que pronto dispararéis en la alborada o pasearéis en la tarde de la ofrenda o, simplemente, desde una esquina, venciendo al frío y al viento, contemplaréis estas fiestas únicas e inolvidables.

Esta es la Yecla de la que empecé hablando desde la lejanía y acabo viviéndola en mi corazón. La Yecla de la que quise hacer un razonamiento y un asedio intelectual que han tenido que acabar en un abrazo.

¡Esta es la Yecla que me honro en pregonar!

Y llegamos al último tramo de mi pregón, al tercer escalón de mis palabras. Primero, la fiesta; después, la ciudad; ahora, la Patrona, la Virgen del Castillo.

Podría parecer extraño que una persona vocacionada a la investigación científica en un campo como el de la física, abordara también este tema final. Pero en el Concilio Vaticano II, la propia Iglesia reconoció la autonomía, que no supone enfrentamiento ni oposición, entre el mundo de la ciencia y el mundo de la fé Y en el mensaje último que lanzaron al mundo entero los padres conciliares, saludaron, con especial énfasis, a los científicos, a los que exploran la materia y el universo, para decirles que los senderos de esa investigación no les eran extraños y que había que acercarse sin miedo a la verdad; literalmente manifestaron: 'Nunca quizá ha aparecido tan clara como hoy la posibilidad de un perfecto acuerdo entre la verdadera ciencia y la verdadera fé, una y otra al servicio de la única verdad. No impidáis este preciado encuentro'.

Mas yo ahora no voy a rozar siquiera el tema de las últimas investigaciones, ni las sugerencias que suscitó la obra Historia del tiempo, de Stephen Hawking, ni el interés que puede despertar el libro de Ian Stewart, El caos: ¿juega Dios a los dados? que estoy acabando de traducir. Eso es propio de una conferencia académica; mis palabras de esta noche tiene, lógicamente, otro prisma.

La gran verdad de lo que estoy pregonando es que las fiestas de Yecla se dedican en honor a María. La realidad es que, por encima de aspectos históricos referidos al caso de Martín Soriano Zaplana, durante muchos años, durante varios siglos, Yecla ha honrado y sigue honrando a aquella mujer singular que nació en Jerusalén, en el lugar en donde ahora está la iglesia de Santa Ana, muy cerca de donde presenciaria la pasión y muerte de su hijo Jesús; aquella joven que vivió en Nazareth, que fue madre en Belén, que marchó a Egipto para conocer, en su reciente maternidad, la persecución y el dolor, y que murió, no se sabe cierto si en Efeso o en la ciudad en donde había nacido.

Para hablar de María hay que rehuir de adoptar actitudes sensibleras o de caer en pueriles beaterías. Pero para hablar de María hay que afinar y afilar la sensibilidad y considerarla como la Madre que nos acompaña, que nos ilumina y aconseja, que nos protege y que siempre, siempre está a la puerta

esperándonos, por mucho que nos alejemos. María es, para emplear la terminología de Goethe, el símbolo de 'el eterno femenino', es decir, la dulzura, la belleza, la poesía, la luz, la gracia y el amor.

Si en épocas pasadas la Iglesia edificó monasterios, en donde los monjes albergaron el saber del mundo clásico; si levantó catedrales románicas o góticas para elevar cantos y rezos; si erigió Universidades para investigar lo humano y lo divino, esa misma Iglesia sembró, en los montes y en los valles, unos santuarios marianos, en donde florecieron el encanto, la delicadeza, algo así como un aroma amoroso y espiritual.

La Europa actual es muy distinta de aquella otra que conocieron los contemporáneos del capitán Zaplana, cuando muchas naciones estaban inmersas en la guerra de los Treinta Años. Ahora, en cambio, se vislumbra una Europa unida, sin muros ni telones que la dividan; una Europa en que la fuerza razonable de la paz va a hacer innecesarios la existencia de bloques. Y me interesa resaltar una anécdota poco conocida, situada en los momentos en que se gestaba esta nueva Europa, tras la hecatombe de la II Guerra Mundial.

Paseaban por Estrasburgo tres de los llamados padres de Europa: el francés Robert Schuman, el italiano Alcide de Gasperi y el alemán Konrad Adenauer. Los tres entraron en la catedral y contemplaron, en silencio, la imagen de la Virgen María que presidía el altar mayor. Como señala el capítulo 12 del Apocalipsis, aquella imagen de María iba "vestida del sol, con la luna bajo los pies y, en su cabeza, una corona de doce estrellas".

Schuman dijo entonces a los otros dos estadistas: "¿Qué os parece si la bandera de la Europa unida tuviera por símbolo las doce estrellas de la Virgen?" Asintieron los dos. Y desde entonces el color de la bandera de la Comunidad Europea, de esa nueva Europa, tiene al azul del manto de María y las doce estrellas del Apocalipsis.

Ved como aquella humilde doncella nazarena, que dentro de unos días

vamos a honrar festivamente en Yecla, es como un signo de paz y de luz para la nueva Europa, como una esperanza para un mundo más justo y más humano, como un estandarte que nos anima y congrega a la solidaridad y a la hermandad.

Queridos amigos: Yo os invito como pregonero a que este año de 1990, Yecla entera, sin exclusivismos ni monopolios, celebre con alegría desbordante las fiestas en honor de la Virgen del Castillo. Que los cuarteles de las escuadras se conviertan en focos de fraternidad. Que nadie olvide al necesitado o al que padece. Que los que vengan de fuera sean recibidos con generosidad. Que las calles rebosen entusiasmo. Que los arcabuces y los cohetes y los vítores y las músicas y las campanas sean un símbolo de gozo colectivo y compartido. Que las fiestas de la Virgen de este diciembre yeclano que en estos instantes empieza, sean el mejor signo de la alegría, de la concordia y de la unión.

Muchas gracias a todos.



INDICE

Prólogo	5
Miguel Ortuño Palao. 1981.	7
Luis del Olmo. 1982.	19
Joaquín Esteban Mompeán. 1983.	31
José Mataix Verdú. 1984.	45
Antonio del Moral Martín. 1985.....	59
Pedro López Ibáñez. 1986.....	79
José Luis Castillo-Puche. 1987.....	99
Concha Palao Poveda. 1988.....	113
Epifanio Ibáñez Vilches. 1989.....	131
Miguel Ortuño Ortín. 1990.....	155

